

REGRESIÓN

Una voz inesperada me habla utilizando mi pensamiento:

—Estás en el AVE de Valencia a Madrid. Ves postes, árboles, sembrados, placas solares, túneles, montañas. Todo pasa a una velocidad de vértigo. ¿No te parece curioso que al ir de espaldas a la marcha el paisaje ya queda en el pasado?

No contesto y tras una pausa me pregunta:

—¿Estás cómodo?

—No demasiado. Me quejo a esta voz que se ha instalado en mi cabeza.

Observo que a mi izquierda, una mujer tiene abierto el periódico en un artículo titulado “Regresión. Terapias que descubren el pasado”... No parece interesarle mucho, ha cambiado de hoja rápidamente. Lo ha hecho en sentido contrario, hacia la portada.

—Viene del futuro. Viene desde donde todo acaba y va hacia donde todo empieza

—No te entiendo...

—Ya me entenderás...

Miro la velocidad: doscientos noventa y siete kilómetros hora. Tras deambular por el vagón mis ojos se detienen en los dos ancianos silenciosos que tengo enfrente.

—¿Sabes por qué no se hablan?

—Ya no tienen cosas que compartir. Son como mis padres, ya no tienen conversación

—Todo lo contrario, lo han compartido todo y sus conversaciones no necesitan palabras

Hay un goteo de gente que pasa atravesando el vagón de punta a punta, buscando su punto de retorno al espacio asignado para su viaje.

Los altavoces anuncian que llegamos a nuestro destino. El tren de alta velocidad se detiene con suavidad y la gente desfila deprisa hasta que me quedo solo. Qué silencio. Miro el vacío del vagón, cada asiento, los huecos dejados por las maletas, los monitores apagados, el pasillo en toda su profundidad,... Me sobreviene una incómoda sensación de vacío. Me levanto de mi asiento, el 1D.

—Ya he llegado a Madrid, y ahora ¿qué?

—De momento baja al andén.

La estación, es de otra época, de los años treinta, lo que provoca un contraste entre el interior del vagón y el exterior. Camino siguiendo las instrucciones de la voz. Un reloj redondo de hierro forjado marca la hora de mi llegada.

—Espacio.

Aún quedan algunas personas deambulando por los andenes, las mujeres visten con abrigos largos y los hombres, muchos de ellos, gabardina y sombrero.

Camino en paralelo al tren. La locomotora, suelta una bocanada de vapor que inunda el andén. Al fondo hay unos policías de uniforme azul que contrasta con la porra y el casco blanco. Toman café en el bar junto a la floristería. Huele a una mezcla de rosa mustia con aceite refrito. Unos niños, con pantalones cortos y jerséis de lana marrón, atraviesan corriendo el aroma.

Me acerco a la puerta de salida, la que abre la gran ciudad de Madrid. Hay un carruaje para turistas, por detrás pasan algunos automóviles antiguos. Una chica rubia fuma como escondida, alrededor unos hombres la miran con ojos de deseo, excepto uno que la vigila a ella y a ellos con cara de malas pulgas. Paso junto a ella, me mira y susurra algo. Corre, huye deprisa. Intento avanzar pero mis piernas no pueden ir más rápido.

El Malas Pulgas se dirige hacia mí rápidamente, rodeando el coche de caballos. Lleva algo en la mano, no puedo verlo. Su ojo blanquecino me tiene hipnotizado. Mis pies están clavados en el suelo y aquel hombre cada vez más cerca. Sigue mirándome, no sé si por el ojo sano o por el tuerto. Viste como los portuarios de mi tierra, ya está a escasos diez metros. Lo de la mano es una navaja, me advierte la voz en mi pensamiento. Intento gritar, pero nada sale de mi garganta. A mi lado hay un hombre, viste de chaqueta oscura cruzada y se adorna la cabeza con un ancho sombrero de color gris. Me recuerda a alguien que vestido igual, lleva el mismo bigotillo que parece de adorno. La voz me dice:

—Es tu abuelo, el de la foto que tiene tu madre sobre el piano.

Yo no puedo reaccionar, el malas pulgas sigue acercándose rápidamente, aunque ahora la distancia parece mayor.

—¿Mi abuelo? Eso no es posible.

—¿Acaso lo que te rodea es normal? Mira los coches, la gente, la estación...

—Pero...

—Dile que por qué te ha llamado

—¿A mí?

—Pregúntale, no hay tiempo.

El hombre del ojo tuerto avanza apartando gente pero sigue estando a la misma distancia.

—Abuelo, ¿Por qué estoy aquí?

Le pregunto sin demasiada convicción. Él me responde con una mirada vacía, triste, como si supiera algo que yo no sé y que debería saber.

—¿Ves a ese hombre que viene hacia aquí? Viene a matarme y eso es ineludible...

—¿Ineludible?

—Sí, nada puedes hacer...

—Sí, yo puedo evitarlo,

—No, no puedes,

—¿Pretende que me quede aquí viendo cómo le matan?

—Sólo escucha lo que te voy a decir. Préstame atención, ya casi no hay tiempo. No me llegaste a conocer pero eso no importa...

—Pero...

—No me interrumpas. Tu abuela nos está observando, mírala que bella es, con su melena rubia, debería dejar de fumar.

—¿Mi abuela es..., era...?

—El tuerto viene a matarme, ella está embarazada, le robé a la mejor. Dile que me perdone. La he hecho vivir bajo la amenaza constante de un enemigo que es mío y no de ella... Que abra ese cajón de mi escritorio que nunca querrá abrir porque allí encontrará la explicación de lo importante que es el hecho de que yo muera hoy, porque mi muerte será su vida y la de nuestro hijo y la tuya, mi querido nieto...

Deja de hablar y le veo retorcerse, el tuerto ni se ha detenido, ha lanzado el brazo hacia adelante y hacia atrás con rapidez, con disimulo. Mi mano se apoya sobre algo viscoso que acaricia la carne de mi abuelo. Cae al suelo despacio, seco...

—Ahora vuelve al andén, y sube al vagón.

Poco a poco voy notando que me adueño de mi pensamiento, voy regresando a mí mismo, a mi mundo.

—¿Qué tal ha ido tu viaje? ¿Has encontrado las respuestas que buscabas?

Me pregunta ahora una voz que viene de fuera y que no tardo en reconocer.

De mis ojos asoman unas lágrimas que me obligan a balbucear palabras que en un principio no aportan nada pero que poco a poco se tornan en algo más concreto.

—Muchas gracias, Pablo, porque la sesión de hoy me ha permitido conocer a alguien que sin estar, ha sido importante en mi vida.

Juan José Valle Inclán